

# LA ROSA BLANCA

( CUENTO )

AQUEL día todos trajinaban afanosamente en la casa, porque la hija del señor vestía sus primeras galas de mujer por la noche y darían una gran fiesta en su honor.

Los jardineros desde muy temprano recortaban las plantas, separaban las flores mustias y dejaban muy limpias las veredas del hermoso jardín. En un extremo estaba la rosaleda con infinidad de rosales selectos, entre los que se destacaba uno que daba las rosas blancas más bellas del mundo. Los capullos, que observaban aquel trajín, preguntábase unos a otros cuál sería la causa y a qué se debería la movilización de tantos criados. Una rosa blanca, poseída y orgullosa, que escuchaba despectiva, los sacó de dudas diciendo:

—Hoy se viste de largo nuestra ama y van a dar un gran baile. Tengo la certeza de que me llevarán a mí al salón para que me admiren los invitados.

—Pues yo—dijo la rosa roja—prefiero quedarme en el rosal. Los hombres son malos y a veces deshojan las flores por capricho.

—No seas necia,—repuso la rosa blanca de nuevo—a las flores tan bellas como yo nos colocan en un jarro de porcelana y nos miran y cuidan como a una joya.

—Pero cuando te mustias, mueres en el cubo de la basura como un andrajo—murmuró un capullo pequeño y humilde.

—¡Bah! tonterías, tonterías...—dijo la rosa desentendiéndose de tan triste presagio—Estoy segura que seré la elegida y pasaré una noche maravillosa.

Y así seguían discutiendo rosas y capullos, hasta que la joven dueña, que parecía un hada, se presentó en el jardín en busca de una rosa para prenderla en el vestido que estrenaría aquella noche. Examinó detenidamente todos los rosales y al pasar por el de la rosa engreída, dijo:—Qué bonita rosa blanca; ésta armonizará muy bien con mi traje. Y diciendo esto la cortó.

Las demás flores envidiaron la suerte de su orgullosa compañera, y ésta, a la vez, radiante con su nuevo destino, miró con desprecio a todas, y desapareció en manos de su dueña. ¡Cómo disfrutó al verse en un florero en el cuarto de su preciosa ama!

«Hoy seré la admiración de todos,—pensó—por algo soy extraordinaria, única...!»

Y así esperó impaciente la noche, hasta, que al fin, la muchacha se presentó con un vestido color de cielo. Estaba tan bonita que parecía el hada de la Primavera. Sacó la rosa del jarro de cristal y la prendió en su escote. Luego, cuando entró en el salón todos los in-

vitados se deshicieron en alabanzas y cumplidos ante su belleza y también ante el banquete que les esperaba.

La rosa estaba radiante de felicidad. Paseó por los salones, por las terrazas. Conoció a hombres famosos, jóvenes, diplomáticos elegantes y estirados y a infinidad de mujeres lujosamente ataviadas. Pero su orgullo fué aún mayor cuando una joven amiga de su dueña, envidiosa de su belleza y de su vestido celeste, se fijó preferentemente en ella exclamando:—Llevas una rosa ideal, querida; no he visto ninguna tan perfecta. ¡Cómo te favorece!

En su envanecimiento la rosa pensó:—«Esta señorita tiene razón; mi belleza supera a todo; soy yo la que realza, la que presta aroma de Primavera a mi dueña, soy yo...»

Pero... el baile duraba mucho y la cena despedía vapores cálidos que empezaron a fatigar a la rosa y a mustiar sus hojas. Sin embargo aguantó lo mejor que pudo y cuando la joven volvió a sus habitaciones respiró tranquila pensando que volvería al jarro de cristal donde la esperaba el agua vivificadora.

No ocurrió así. La muchacha, antes de quitarse el traje, trató de desprender la rosa y... ¡Oh, desgracia!—una espina que estaba oculta en su tallo se clavó en su mano, brotando una gota de sangre.

—¡Maldita rosa!—exclamó al sentirse herida—¡Todas sois igualmente traicioneras! Y cogiéndola con rabia la arrojó al suelo furiosa.

¡Pobre rosa! cuánto sufrió allí humillada y maltratada. Pero aún así no se curó de su vanidad y pensó:—«Mi dueña me tenía envidia y ya que no puedo embellecerla me desprecia; no tiene corazón».

Allí, en el suelo, pasó la noche tristemente abandonada, hasta que las criadas fueron a hacer la limpieza y la barrieron con la escoba. Del cojedor pasó al cubo de la basura y la pobre rosa, entre cáscaras de fruta, papeles sucios y otros desperdicios, esperó la muerte.

Sacaron el cubo a la calle para que lo vaciara el basurero y la rosa pensó que su vida había terminado. Pero no ocurrió así: una pobre mendiga que registraba todas las basuras de la calle vió a la rosa y dijo:—Qué bonita es; voy a llevársela a mi nieta. Y sacándola del cubo se la llevó.

Otra vez se sintió feliz la flor al verse liberada de tan triste final, y su orgullo desapareció con tan duro escarmiento.

La vieja se la llevó a una choza miserable en la que yacía una niña muy enferma. Al mostrarle su abuela la rosa casi marchita sonrió y exclamó dulcemente la chiquilla:—¡Qué bonita es! Pónla en agua para que resucite.

Y la abuelita la puso en una lata de conservas llena de agua fresca. La rosa volvió a la vida con una blancura tan pálida como la cara de la niña enferma.

Y en aquella choza miserable... se sintió más feliz que en el palacio de su dueña, porque ahí era querida de verdad. La enfermita, que casi siempre estaba sola, la cuidaba con todo su cariño y a menudo le contaba sus penas. Tanto llegó a quererla la rosa, que a pesar de sentirse lacia y mustia, hacía esfuerzos para conservarse exuberante y alegrar a su amita.

Hasta que un día... la niña la sacó del agua y recogióndola en sus delgadas manos la besó y se durmió con ella.

Pero cuando llegó la viejecita y fué a despertarla, la niña no respondió; estaba muerta.

Al día siguiente, cuando el sol nacía entre los montes, fueron a enterrarla. Pero eran tan pobres que no pudieron darle otra sepultura que la tierra húmeda, ni más coronas que la rosa blanca que llevaba sobre el corazón.

\* \* \*

Al lado de la cruz que señalaba la tumba, nació con el tiempo un rosal de rosas blancas que no se marchitaron jamás.

SARA GAZUL



## Llamas de Capuchina

Antes gastaban los niños unos impermeables negros de capa y capucha que los asemejaba a un paraguas a medio abrir.

\* \* \*

La pierna de un baturro es un bastón de mando al revés.

\* \* \*

La «f» parece que siempre le va haciendo el amor a la «i».

\* \* \*

A pesar de estar lleno, siempre nos sobrecoge el mar con el vértigo del vacío.

JOSÉ CANAL

## EL PRIMER AMOR

Campanillitas de plata  
invaden tu corazón  
y al sonar todas alegres  
han despertado al Amor.  
¡Qué amanecer en el alma!  
¡Brilla más que nunca el sol!  
¡Qué luz en el pensamiento!  
¡Cómo perfuma la flor!  
¡Qué congoja en la garganta  
al querer hablar sin voz!  
¡Qué mar de luz en tus ojos  
y en tus labios qué temblor!...

Niña de los quince abriles,  
todo está en tu corazón.  
El sol brilla como siempre,  
igual perfuma la flor;  
mas ¡ay, mi cándida niña!  
¿sabes tú lo que pasó?...  
Campanillitas de plata,  
al viento de la ilusión,  
sonando todas alegres  
han despertado al Amor.

ELADIA MONTESINO

